



Año II

Madrid 24 de Noviembre de 1898.

Núm. 84.



JOSÉ ARANA (*Jarana*)

(De fotografía de D. Diego González Lezano, de Jerez.)



## ¡MATADORES! ¡MATADORES!

No acostumbro á que nadie me lleve á remolque imponiéndome caprichos cuando no estulticias; quizá por ser tan independiente y poseer criterio y razón propias, desentone de la masa general de la afición; pero esto me tuvo siempre sin cuidado y digo las cosas como las siento, bien ó mal literariamente vestidas. El asunto es decir verdades, probarlas y no hacer caso de cuanto en contrario aleguen los que no viendo más allá de su nariz quieren pasar por críticos profundos, cuando ni siquiera saben cómo se come eso, si con cuchara ó tenedor.

Por el contrario de la generalidad, hoy yo opino que el matador de toros ó novillos debe ser matador, así como el banderillero y el picador ejercen sus cometidos y no invaden atribuciones y puestos que no les pertenecen, porque para ello se dedican á una clase, y esas alteraciones no son permitidas en el curso de una corrida, ya que el programa dado al público explica nombres y cargos.

Lo considero esto tan formal, como que asimilo los artistas taurómacos al personal de una compañía dramática ó lírica. En la primera hay primer galán, actriz dramática, galán joven, barba ó actor de carácter, etc. etc., y nadie en el reparto de una obra exige que le den papel distinto al cargo que ejerce. Igualmente en el género lírico hay tenor, barítono, tiple dramática, ligera, segundas partes, comprimarios y demás personal que requiere la representación de una obra cantada. Tanto los artistas de un género como del otro, si pasan de un puesto secundario al superior inmediato, es porque sus adelantos lo permiten, ó porque en un momento dado pueden suplir una falta repentina de actor ó lírico de mayor fuste.

El público, como compuesto en su inmensa mayoría de personas imperitas, tiene todos los defectos de los niños mal educados y voluntariosos, y por esto hay que enseñarle y reprenderle.

Precisamente son los niños grandes, la juventud que pasa de los quince años y no llega á los veinte, la que alborota, la que chilla y todo lo mete á barato, imponiéndose por el número y el vocerío que arma. Las personas mayores de edad, las que gozan del espectáculo guardando la calma necesaria, porque la alegría y el esparcimiento del ánimo no es el escándalo, no constituyen, porque se lo privan su seriedad y compostura, un núcleo que en oposición á los alborotadores reprobren de viva voz esas peticiones tan fuera de tino, como con una insistencia loca se repiten en todas las corridas.

La moda ¡maldita moda! ha impuesto como adorno imprescindible que no se pase la lidia del quinto toro, especialmente, y cuando no del cuarto ó sexto, sin que luzcan su garbo y arte los espadas banderilleando á la fiera y al son de la música para mayor alegría y efecto, bien sea con jota aragonesa, bien con mazurka ó vals-polka.

Para conseguirlo, un vocerío atronador, á veces á compás, á veces en chillonas notas discrepantes que hieren el tímpano por la heterogeneidad con que se producen, según los agudos, bajos y cuerda media de tan variados órganos de emisión y vocalización, impónese á los espadas. No hay más remedio que éstos tienen que transigir, so pena de perder simpatías y ganarse una rechifa. Los banderilleros de turno voluntariamente ceden los rehiletes; en ocasiones muy contrariados y observando la dudosa complacencia de los estoqueadores, atrévense con la gran fiera, el público, y de cualquier modo, cualquiera de la pareja, entra y clava. Si el público se halla dispuesto á ceder—como ocurre, por ejemplo, en Sevilla, donde hay más juicio y menos tenacidad—dése por terminada la demanda, callando todos los voceadores cual si á resorte estuviesen sujetos; pero en la mayoría de los circos españoles no ocurre así y arrecia más la intemperancia á raíz del desaire, llegando á tomar el público un carácter de altanería y acometividad del que dan muestra cascotes y botellas, palos y trozos de tablas, que al caer de distintos puntos ponen en huida á los diestros, que procurando por sus cuerpos, ampáranse á las barreras y burladeros.

Soy franco; cuando he presenciado esos escándalos—y he sido testigo de muchos—la duda de si estaba entre cafres ó asistía á un acto de demencia colectiva, se ha apoderado de mí, creyendo ha-



llarme ante un pueblo tan desprovisto de razón é ilógico, que sólo las *pequeñeces* le exasperan, empujándole por el sendero de la soberbia, y los problemas más grandes del orden social, económico-jurídico y científico, los considera como cosas fútiles en que se pierde el tiempo.

La cultura, el mutuo respeto, el orden necesario en toda clase de espectáculo nocturno ó diurno, parece que no rezan con la dichosa fiesta española.

¡Cuánto lo siento, y cómo con esas actitudes dándose armas de combate á los que quisieran ver destruidas las plazas de toros y arruinada una industria que da para tantos!

Vengo sosteniendo con el mayor tesón y abundancia de datos una campaña de buen gusto. Muchos, al leer mis meditados trabajos, abren la boca, exclamando entusiásticamente: «¿qué manera de explicar y de decir! ¡cómo presenta todos los asuntos el articulista y de qué modo nos con vence con su argumentación tan clara como persuasiva!»; pero ¡ah! que pasa el momento y al pobre articulista se le olvida, se escucha á tanta *sirena* como embadurna cuartillas, que si voluminosas parecen guardar algo y valer, exprimiéndolas, milagro sería que se desprendiese gota á gota de tinta alguna idea que valiera la pena de tomarla en consideración.

Por el momento, pues, hace efecto la crítica sana, el juicio atinado; pero luego se somete el lector á las malas corrientes, y en el torbellino de éstas perecen los buenos propósitos de la enmienda y todo queda en el mismo estado. La razón se oscurece, el absurdo triunfa, resultando baldía la peroración.

Sucede lo que confidencialmente me decía no ha mucho un reputado crítico, cuyas palabras voy á reproducir:

«Cuanto me diga usted respecto á la sinvergüencería que reina en la llamada crítica taurina, me parece poco; y lo peor es que tan arraigado está el mal y ayuda tan poco el público para corregirlo, que en esta, como en todas las cosas de nuestro país, puede alcanzarse el *Nulla est redemptio*.»

Cuando aún quedaba algo de juicio en la prensa y en la afición, no pasaba sin protesta escrita ó de viva voz, allí donde necesario era manifestarlo, la sinrazón de exigir que los matadores se convirtieran por capricho y gracia de la muchedumbre epiléctica en banderilleros. Los mejores críticos tronaban contra esa costumbre, y los inteligentes de mejor nota se levantaban de sus asientos, oponiéndose á un deseo tan perjudicial al orden del espectáculo.

Por excepción, ya que se tratase de ver una especialidad, se permitía el *cambio en la silla* al implantador de esta suerte, al celebrado *Gordito*. Accedía éste si la res tenía las propias condiciones requeridas para producir con ventaja y efectos el aplaudido *cambio*; y de no ser así, los peticionarios tenían que ser cuerdos, sometiéndose á la negativa del espada, que á veces dirigía la palabra al público, expresando que no reunía el toro condiciones, y había que esperar á otro que las manifestara cumplidas para banderillearle tal como era el deseo suyo y de la concurrencia, ateniéndose á lo ofrecido en el cartel.

Hubo un tiempo en que *Lagartijo*—el banderillero de la estética—solía dar el quiebro en firme, sin el ridículo exorno de la silla, sino en correcta figura, dando el pecho, fijos los pies en la arena del *circo*, y con finura y facilidad pasmosas elevar los brazos en el preciso momento en que marcada la ruta al toro, engañándole con el cuerpo, cuadraba éste, y el resultado era una admirable suerte que enloquecía hasta á los más puristas y serios aficionados. Este mismo espada, olvidándose del quiebro, dióse á ejecutar una suerte, que si llamada de frente por tomarla en la rectitud del terreno de la fiera, su verdadero nombre dentro del artístico tecnicismo es banderillar por derecho al cuarto y andando paso á paso, suerte cuya hermosa invención se atribuye al famoso banderillero gaditano Juan Martínez, *el Ratón*.

José de Lara, *Chicorro*, espada mediocre, buen torero, pero más sobresaliente en las banderillas cortas, que constituían un ramo de su especialidad, también era solicitado por el público para que ofreciera las muestras de su arte con los rehiletes, así como saltando con la garrocha, suerte de vista, agilidad y pulso que á la perfección dominaba.

José Sánchez del Campo, *Cara-ancha*, también ha dado quiebros asombrosos, siéndole más fácil aguardar la llegada de la fiera que no irse sobre ella, por efecto de que fueron breves los años de su ligereza, y su tendencia á la obesidad debían retraerle de un empeño desairado.

Fuera de estos hombres y del *Gallito chico*, que también de cuando en cuando *quebraba* y le *andaba* á los toros, puede decirse que no existían más espadas-banderilleros; pero aparece *Guerrita* con sus vistosos juegos, saltos y piruetas, y entroniza con su complacencia el malhadado sistema que por completo ha desprovisto de toda su seriedad las corridas de toros. El público se ha envenado, no quiere prescindir de que los espadas, en general, se conviertan en banderilleros, y á la fuerza ha de salirse con su empeño obligando á todos, hasta las más oscuras medianías, á que banderilleen, sin comprender que exige una insulsa tontería, pues para presenciar suertes desprovistas de arte y gracia, se sobran y bastan la mayoría de los banderilleros llamados de cartel, cuya monótona escuela se hace repulsiva por la representación constante y cansada de un solo sistema.

¿Quién no se aburre de ver dar por docenas los capotazos para colocar en suerte de banderillas á una res que en un minuto podría ostentar colgados dos pares, si hubiese verdadero valor é inteligencia en los diestros? ¿Cómo el público vocinglero no se da cuenta de que atolondrados y cansados los toros se transforman en mansos, perjudicando el último tercio de lid, ya que no el acto mismo de repetir las suertes de rehiletes, de lo cual resulta notoria ventaja al espada que entró primero?

¿Qué espera ver con su exigencia esta joven y desatentada afición? Por *fuera* ó por *dentro* todos los pares son iguales; son *cuarteos* á *paso corto* ó *paso largo* y á la carrera. El quiebro se ve muy de tarde en tarde; *cambiarse* en el viaje ó *cambiar* en firme, es difícil; porque se requiere serenidad, inteligencia superior y mucha vista para medir la distancia, los tiempos de entrada y salida de la cabeza, cuadrar del lado donde más franca y sencilla esté la res, y todas estas particularidades de la suerte no se alcanzan á los míseros rudimentarios del arte.

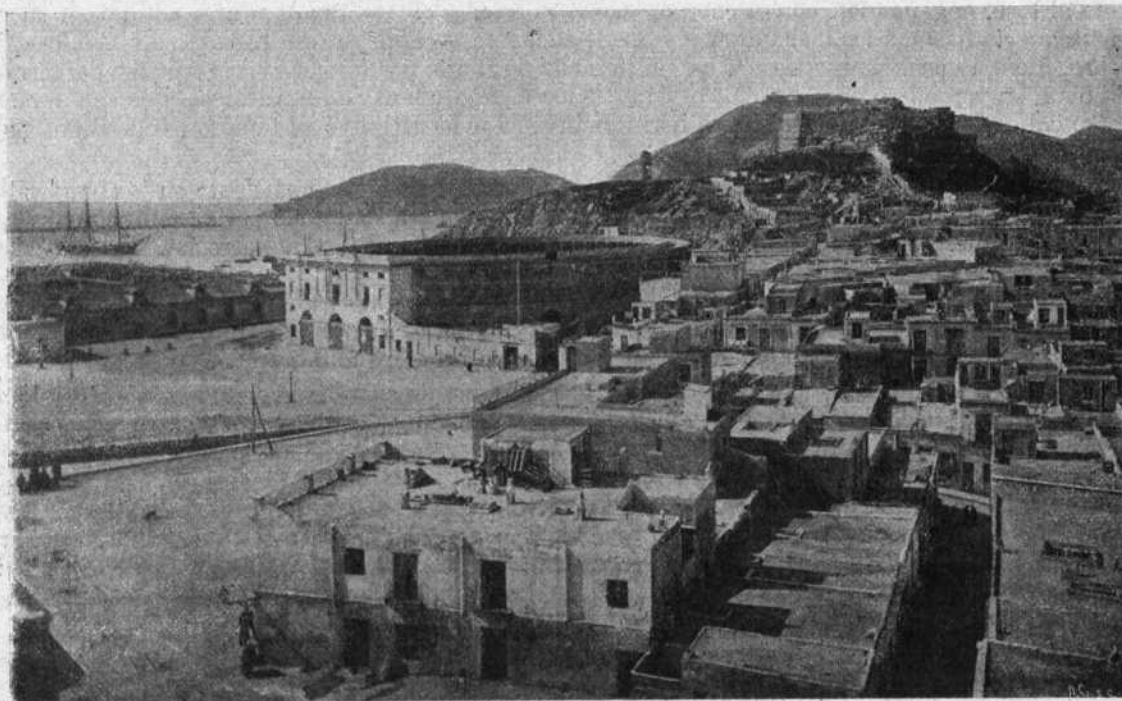
Sin ningún género de duda, en el gremio actual de espadas sólo existen dos banderilleros: *Guerrita*, que es *maestro* indiscutible, y Fuentes, que es notable. De los novilleros vale más no hablar, porque en ninguno se vé cosa que no merezca otro dictado que el de medianos. ¿A qué ese afán del público de que banderilleen todos los matadores?

Yo entiendo y entendi siempre que el matador tiene otros cuidados y atenciones preferentes en el ruedo, tales como dirigir la lidia con todo el orden severo que dispone el arte, poniendo coto á las ignorancias y atrevimientos de sus subordinados, reprendiéndoles los capotazos innecesarios, las llamadas inútiles, las malas salidas y atropellamientos, los puyazos fuera de suerte y dañinos para las reses, la estúpida colocación de unos y otros, de la que depende la lidia incierta, perversa, inacadémica, y, por lo tanto, sucia, rastrera y de mala ralea. No cuenta el arte con un verdadero director que se penetre de la significación de su título, y así va aquél decayendo hasta el extremo á veces de la mojiganga que hasta, cansa y desespera.

Es menester que los *niños* de la afición se vayan enterando de que en las llamadas cuadrillas de diestros hay división en el personal. El matador se contrata para matar las reses después de sortearlas con arreglo á arte; el banderillero desempeña su misión corriendo los toros para llevarlos á la suerte de varas, clavando después los pares de rehiletos y siendo un buen auxiliar para el acto de estoquear las reses; el picador llena su objeto castigando con la garrocha en atención á que su papel, muy importante y difícil por cierto, es que pare la fiera por el desgaste de fuerzas que hace corneando y arremetiendo á los caballos. Si, pues, cada partícipe tiene asignada su obligación y en ella ha de ser maestro, ¿para qué subvertir el orden que otros profesores más sabios que los actuales estuvieron?

Sean los públicos más entendidos y severos con los espadas, exijanles que perfeccionen sus conocimientos sacando del olvido tanta suerte de capa olvidada, así como la suerte de *recibir* que se cree asunto mitológico, y dénse ya por hartos de gritar que banderilleen los espadas. Insistir es ridículo y tonto.

AURELIO RAMÍREZ BERNAL.



VISTA DE LA PLAZA DE TOROS DE CARTAGENA



# TOREROS DEL DÍA



## UN MINUTO... SIN SEGUNDOS

Así como la hora se compone de sesenta minutos, el minuto se forma con sesenta segundos: en la división del tiempo es éste una reducción proporcional de aquélla; en la forma externa de la esfera es una disminución.

Pues bien; hay, á pesar de esto, un *minuto* sin segundos:—Enrique Vargas.

Por lo pequeño ó por lo vivo ¿quién lo sabe? le apodaron así sus paisanos, y ha llegado á ser una nota saliente del toreo contemporáneo, constituyendo, ya que no escuela, estilo propio y personalísimo.

Es vivo de imaginación y de movimientos; es flexible como el reptil, rápido como la ardilla, ligero como una pluma, valiente como un jabato, alegre como unas castañuelas, malicioso como un campesino, hablador como un sacamuelas, diplomático como un cortesano, gracioso como un *clown*, travieso como un chico y simpático como él solo.

La primer vez que toreó con Guerra—que fué en Castellón,—preguntamos á Rafael:

—¿Qué tal *Minuto*, qué te ha parecido?—y nos respondió:

—Es un fenómeno que lo quiere hacer todo; á mí me hizo trabajar lo que sé. Sin comentarios.

«San José y el Niño», decía el público al verlo salir en el paseo con Mazzantini, y el símil era exactísimo.

—¿Cómo los mata?—se preguntaban los espectadores, viéndole tumbar un *pavo* de Anastasio Martín, un *camello* de Moreno Santamaría ó un *dromedario* de Torres de la Cortina.

—Pues con un tranquilo—respondían los aficionados, mientras aplaudían á rabiarse el tranquilo, porque es de oro.

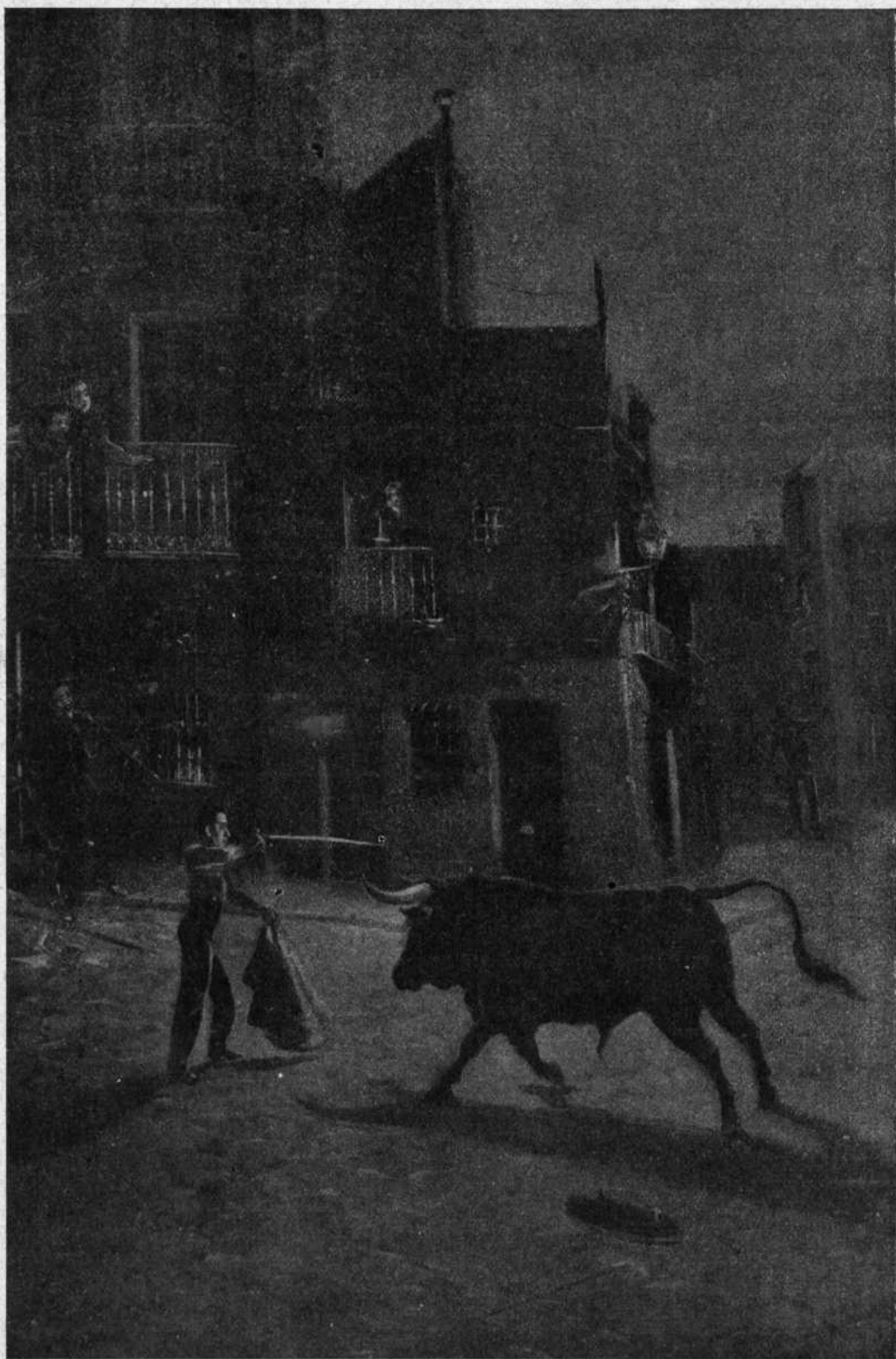
De *el Gallo* recogió con buen acuerdo el cambio de rodillas; con *Guerrita* torea á la limón; con Fuentes coge banderillas; se *arrima* con Reverte, y hace quites con Mazzantini, y especie de Tenorio taurino, parece haber escrito en su cartel:

*Aquí está Don Juan Tenorio  
y no hay hombre para él.*

Su toreo alegre, bullidor, movido, como su carácter, alcanza tantas *palmas* de los espectadores como adornos, floreos y quisicosas ejecuta.

En Madrid tardó en imponerse como matador serio en corridas formales: su procedencia de la cuadrilla de *Niños Sevillanos* (de que con *Faico* fué el alma) no le recomendaba á la afición seria; sus jugueteos *hors d'art* le desautorizaban para con los rigoristas; luego, el percance que sufrió en la tarde de tomar la alternativa—hiriéndose con el estoque al tiempo de brindar,—retrasó la manifestación de su arte, de sus proezas y de sus gracias.

Estas no triunfaron hasta las medias corridas del año 97, pero entonces triunfaron en toda la



IMPROVISADA LIDIA NOCTURNA  
ejecutada por *Minuto* en las calles de Sevilla.

(Fotografía de L. E. Escacena, reproducción de un cuadro al pastel.)



línea al extremo de llenarse la plaza cada tarde que toreaba—de combinarse cartel para Aranjuez con *Guerrita* y con él, y de concedérsele puesto en el de abono del corriente año.

Los puertos habían siempre mostrado sus preferencias por este torero, que en Málaga, Algeciras, todo Levante y Barcelona y Valencia, tenía muchos y entusiastas partidarios y toreaba á buen precio gran número de corridas; la sanción de Madrid ha aumentado éstas, y las plazas francesas de Beziers, Toulouse, Arlés, Marseille, Nimes, etc., han venido á elevar el contingente.

Sus cogidas no fueron nunca graves; él lo explica de manera muy peregrina.

—Como soy tan chico y tan delgado—dice,—rara vez ve el toro el bulto, y, si lo ve, cuando lo busca ya no lo encuentra. Además, yo boto como de goma y caigo del testuz á la arena sin detrimento; mi secreto en esto de las cogidas es no llevar al toro—que es siempre voluntarioso, aunque sea manso,—la contraria. Que le empitona á uno, pues salirse del cuerno con *disimulo*; que le arrolla y le tira, pues rodar con ligereza hasta que le pierda de vista. . . y total nada.

Esta teoría semi-jocosa, basada en sus especiales condiciones físicas, tiene su fondo práctico.

Es *Minuto* el primero y más ameno *causeur*, entre la gente de coleta, de tan chispeante ingenio y gracia tan exuberante, que hace honor á la fama del andaluz y más especialmente del sevillano. La Puerta de la Carne lo vió crecer, y desde muy niño en la ya citada cuadrilla se ejercitó en el arte del toreo con afición y entusiasmo no superados; sólo así ha podido suplir físicas deficiencias convirtiéndolas á su favor en el peculiar estilo de toreo que le es privativo.

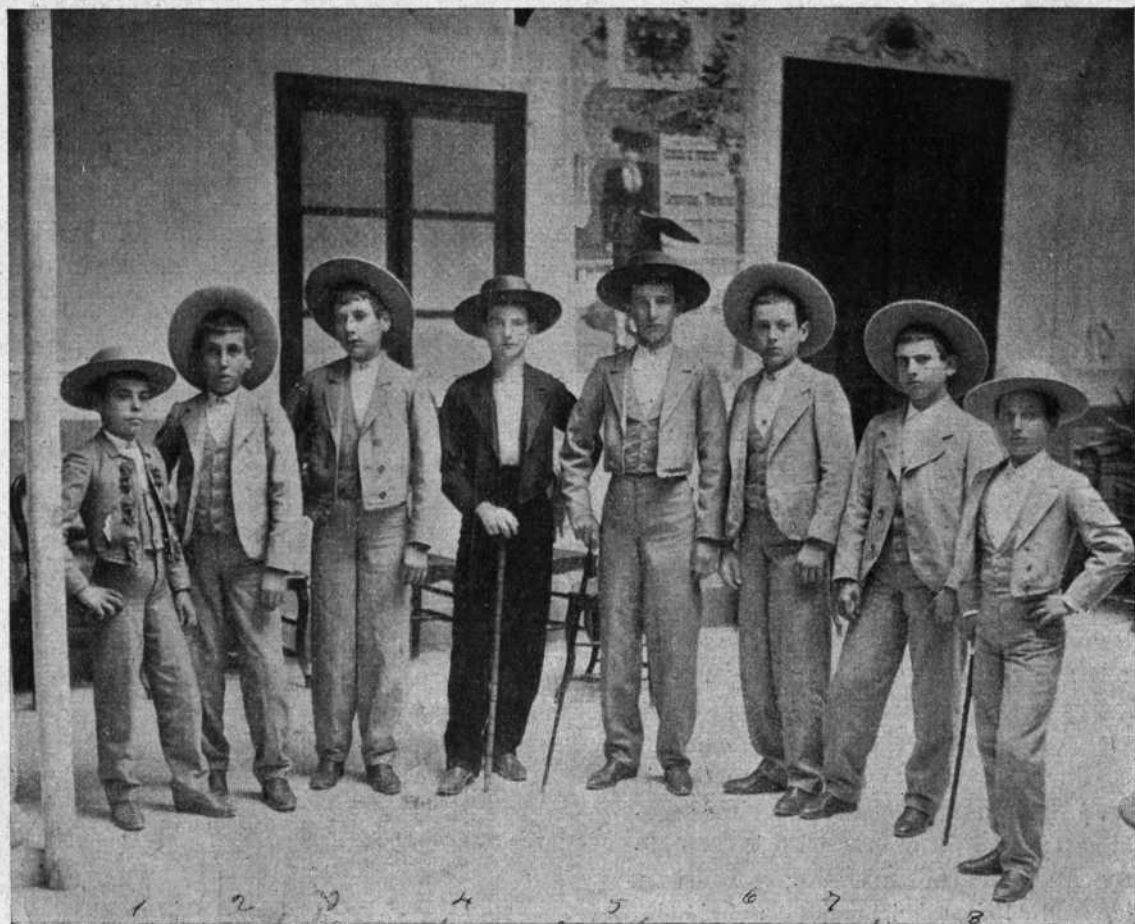
Más formalizado ya por los años, contrajo matrimonio en 1893—con una sevillana neta llamada Angelita y que lo es de figura y genio,—de quien tiene una chiquilla que es una monada y constituye su paternal encanto. Verdad que el pimpollo ha heredado con la belleza de la madre la viveza del padre, y es un fenómeno de gracia y de donosura.

La ratonil travesura de *Minuto*, que no le deja parar un instante, le hizo acudir á la *corrida nocturna* improvisada en las calles de su barrio por una res descarriada, que hizo varios entuertos en una madrugada del invierno anterior. Allá fuése *Minuto*, salido precipitadamente del lecho al oír el tumulto, en mangas de camisa, y armado de trapo y estoque dió muerte al bueyaco, evitando quizás mayores desavíos.

El expediente instruido para concederle por esta lidia filantrópica la Cruz de Beneficencia, no ha prosperado. ¿Cómo había de prosperar tratándose de un torero? ¡Si fuese un concejal del excelentísimo, ó un alcalde de *monterilla*, ya hubiera sido distinto!

Sin esa cruz, por él, más que por otros merecida, *Minuto* es una figura popular en Sevilla y simpática en todas partes, y un torero de cuerpo entero y de tamaño natural, sino que nos hemos acostumbrado de antiguo á verlo con los cristales de los gemelos puestos al revés y por eso nos parece *chico*.





## LOS NIÑOS CORDOBESES

Ilustramos esta plana de SOL Y SOMBRA, reproduciendo al fotografado los retratos, en grupo, de los precoces diestros cordobeses que forman la nueva cuadrilla organizada por el aficionado catalán D. Mariano Armengol.

He aquí sus nombres y categorías:

ESPADAS.—Núm. 4. Manuel Rodríguez (*Bebe*), 14 años, hermano del espada *Bebe chico*.—5. Francisco Molina (*Lagartijo menor*), 14 años, hijo del gran torero Juan Molina y sobrino de *Lagartijo*.

BANDERILLEROS.—2. Manuel Rodríguez (*Mojinillo*), 12 años, hermano del que fué célebre banderillero *Mojino* é hijo del gran torero antiguo *Caniqui*.—7. Joaquín Fernández (*Estanquero*), 14 años.—9. Rafael Bejarano (*Torerillo*), 13 años, sobrino del matador de toros *Torerito*.—8. Rafael Sánchez (*Bebe*), 11 años, hijo del desgraciado y superior torero *Bebe*.—1. Juan de Dios (*Conejillo*), 12 años, sobrino del matador de toros *Conejito*.—6. Manuel Martínez (*Manene*), 14 años, sobrino de los banderilleros *Manenes*.

Deseamos un éxito completo a los futuros *Lagartijos*, *Guerras*, *Conejitos*, etc., etc. Mucha suerte, y á apretarse con los *Lecerros*.

(Fotografía de A. Palomares, Córdoba.)





EMILIO TORRES (*Bombita*)

# Ocurrente venganza.

(Anécdota.)

**M**UCHAS son las que del bravo Manuel Domínguez se cuentan, aunque que tal vez la más genial es la que voy á relatar, pues basta por sí sola para formarse ligera idea del carácter de aquel celebrado matador de toros, que lo mismo citaba á un miureño de seis años para sepultarle el estoque hasta la empuñadura y hacerle morder el polvo á sus plantas, que citaba al terreno de la verdad al hombre que de serlo más alardease; pues sabido es que el gran Domínguez, aquel que jamás consintió que se le llamara *Desperdicios*, mote que su maestro le puso, iba á todas partes y que en su época era uno de los hombres de los de *pelo en pecho*, cuya vida estaba llena de hazañas valerosas, muchas de las cuales constan hoy en su curiosa historia.

Manuel Domínguez ó *señor Manué*, como generalmente se le llamaba, tenía su cotidiana reunión en uno de los *colmados* de más fama de la capital de Andalucía; y allí, al par de saborearse la olorosa manzanilla sanluqueña, se discutían con verdadero entusiasmo cuantas faenas se llevaban á cabo en el circo sevillano.

Todos los que allí tenían su centro, eran conocidos por notables aficionados.

Uno de los más asiduos concurrentes á la citada reunión, hombre de esos que en todas las clases de la sociedad los hay que suelen prodigar las alabanzas en la cara y herir por la espalda, fingiéndose amigo y partidario acérrimo del *señor Manué* y esperábale con falsa ansiedad después de las corridas en que Domínguez trabajaba, para tener el *gusto* de abrazarle y darle la acostumbrada enhorabuena.

Hacia algunas corridas que el *señor Manué* salía de la plaza en extremo malhumorado por no poderle echar la vista encima á un individuo que, hiciera buena ó mala faena con los toros, le chillaba desaforadamente, aunque para él tenía no serlo por completo desconocida aquella voz que tanto le azoraba.

Una noche, después de terminada la corrida, se dirigía Domínguez á reunirse con sus adictos, y el primero que al paso le salió fué el que al parecer era su más entusiasta admirador, diciéndole al tenderle la mano:

—Es usted el primer matador de toros que tenemos.

Y, echándose el sombrero atrás, prosiguió:

—¡Vaya agallas en el quinto! Estocada como aquella no se ven todos los días.

A lo que el espada contestó:

—¡No tantol Sin embargo, er pinchaso anterió lo señalé entrando má á consiensa y no lo supo apesiá sierta parte de público, pues hasta de la derecha de los chiqueros salió una vos...

—De algún sinvergüenza—dijo el Judas interrumpiéndole.—Pero, ¿á que los buenos aficionados le tocaron las palmas?...

Se aproximaron los demás amigos, felicitaron al maestro, y, después de apurar algunos *cañaverales*, salieron todos reunidos á dar el último paseo por la popular calle de las Sierpes, antes de tocar á retirada.

En la próxima corrida también tenía que alternar Manuel Domínguez.

Llegó el domingo y la animación en Sevilla era extraordinaria.

Antes de la hora señalada para comenzar el espectáculo la plaza se encontraba por completo ocupada.

Cuando después del segundo tercio *Desperdicios* cogió por primera vez los trastos de matar, se dejó oír la primera voz que decía:

—¡Vamos á ver si no es todo fachada!

Domínguez miró disimuladamente hacia donde había salido aquel grito, diciendo para sí:—Yo sí que te voy á dar facháa si te endiquelo.

*Desperdicios* tenía en aquel momento, como se suele decir en Sevilla, las del *veri* en el cuerpo.

Procuró *comprimirse*, dispúsose á cumplir su cometido, y después de una excelente faena cogió los huesos en un superior pinchazo, citando á recibir, que fué muy aplaudido; pero no por eso dejó de oírse la misma voz á la derecha de los chiqueros:

—¡Ya principiamos á pinchar!

Vuelve Domínguez á pasar y pincha de nuevo, oyéndose otra vez la voz que dijo:

—¿Está usted jugando al *ché*?... ¡Que no me he traído la cena!

El espada manda que le corran el toro hacia los toriles, y allí, con toda intención, hizo por coger sitio duro cuando de nuevo se metió á estoquear, llevando la vista, más que en el morrillo de su adversario, hacia la parte donde aquella voz imprudente salía, teniendo la fortuna de pillar infraganti al *gachó*, pues en aquel mismo momento, y á un tiempo, numeroso público miró con indignación al lugar donde se sintió la voz que decía:

—¡Y van tres! ¡Cómo se conoce que eso no es andar con mujeres en coche ni beber manzanilla, Sr. Manuel! ¡Vamos al toro, que es una mona!

Fuó la pesadilla de *Desperdicios* toda la tarde.



Domínguez terminó la corrida con la sangre negra, como vulgarmente se dice, por no serle posible en el acto desahogarse con el que tan de continuo le venía molestando.

Llegó la noche y, como de costumbre, dispúsose el maestro á reunirse con sus antiguos amigos.

Todos, al verle, se apresuraron á estrecharle la mano y darle la enhorabuena, y el prójimo de marras, medio ronco, se hartó de alabarle y ensalzarle.

—¡Así se gana el dinero! —le decía el hipocritón. —¡Vaya seriedad y elegancia en la faena primera, serenidad al esperar al primero y arrojó al embraquetarse en el segundo! ¡Eso se llama vergüenza toreral!

Domínguez le dió las gracias, le tendió la mano, le miró pausadamente de arriba á abajo, y le dijo con disimulada indignación:

—Osté, por lo que se vé, debe sé un buen afisionao, y yo esta noche lo voy á probá dando aquí una pequeña sersión de toreo en la que toos los presentes vamo á tomá su mijita de parte.

*Desperdicios* toca las palmas y se presenta en la puerta de la habitación un mozo del establecimiento.

—Muchacho—le dice,—llégate á la Encarnación y compra un buen melón, cueste lo que cueste.

—Es que ahora—anotó el muchacho—estarán cerrados todos los puestos en la plaza, por ser tan tarde.

—No importa; llamas al guarda y díle que vas de parte del *señó* Manuel Domínguez, que te lo dé y que entregue su importe al dueño cuando por la mañana vaya y abra. ¡Ya estás aquí!

Mientras tanto las botellas venfan por docenas, no acertando ninguno á comprender para qué pudiera querer el *señó* Manuel el melón que con tanto interés había mandado comprar.

Llegó el chico con el encargo, y Domínguez lo colocó sobre el espacioso velador de mármol que el centro de la habitación ocupaba.

Sacó del rico chaquetón una hermosa *sevillana*, y, en medio del silencio y la curiosidad de los que le rodeaban, hizo, en un extremo del melón, dos pequeños agujeros, semejantes á los ojos de un animal, y, más abajo, una raja, figurando una boca; después pidió al que tenía más próximo dos palillos para los dientes y los colocó, á modo de cuernos, clavados en el melón: así es que el rico manjar, como se comprenderá, quedó convertido en la cabeza de un toro, más ó menos bien figurada.

—Ya sólo farta—dijo Domínguez dirigiéndose á todos—haser aquí, en este otro extremo, esta pequeña circunferencia pa indicá que son las abujas; es desí, donde tienen los toros la muerte y deben quear los estoque pa que las estocás sean perfeutas, pues si se da aquí ó aquí se coge hueso, si má acá ó acá son caías, delanteras ó contrarias, y pasando de aquí traseras, ó idas. ¿Estamo enterao toos? Osté, amiguito, va á sé el que va á inaugurar esta sersión de tauromaquia.

Hizo levantar al *gachó* que le creía su amigo, y, después, sacó de su hermoso bastón de estoque el reluciente acero, y en la caña puso, á guisa de muleta, el flamante pañuelo de seda grana que de faja le servía.

—Tome su mersé los trastos—le dijo—y colóquese á la distansia que crea que un mataor guapo se debe colocá, sin mieo de nenguna clase, ¡ues esto no se mueve ni puen haserle daño los paliyos que representan los pitones; así es que el peligro no existe. Ya vé osté que no cabe la comparasión, pues la diferencia de la cabeza de un toro á un inofensivo melón, es grande; además de que aquí no tiene osté exposisión, y los que matamo toros nos ponemo á que uno con dos pitone mu grande nos hagan porvo, osté está aquí entre cuatro amigos y los que exponemo nuestras vías estamo elante de un público imponente. ¿Está osté enterao? Pues venga de ahí, moso güeno; pero en la firme inteligencia que si la punta del estoque no penetra por esa redondela que hay ensima der melón, no va osté á oir voses nenguna, ni resibirá de ese bicho una corná que le haga visitá la enfermería, pero va á tené osté que ingresá á la fuersa pa curarse los desperfeutos que le voy á haser en er físico de dos guantás que le voy á endifiá, pa enseñarle á tené vergüensa y haserle comprendé que los toro también tienen huesos en er cuerpo. ¡Con que lo dicho, y mano á la obra, buen hombre!

Fué inútil que mediaran todos los amigos.

Quieras que no, Domínguez hizo que mi hombre señalara allí unas cuantas estocadas, y al ver que ni una tan sola fué á dar en el centro de aquella circunferencia que sobre el melón trazara, cogióle por un brazo, y poniéndole en la puerta de la habitación, de un puntapié en el sitio donde estas *caricias* se suelen hacer, le dijo, con la femenina voz que tenía y con la cachaza que le caracterizaba:

—Sarga osté de aquí, so tío indesente, y que no le vea yo má en nenguna parte, porque donde quiera que sea le he de dejar señales, que hoy no le quiero haser, pa que se acuerde de mí y no sea osté má Jua en su vía!

Creo innecesario advertir que aquel *amigo* de Domínguez no volvió á echarle más *piropos* á nadie en la plaza, aborreció los melones y en su vida utilizó más palillos para los dientes.

JUAN FRANCO DEL RÍO.

# "Frascuelo," y "el Bebe,"

(RECUERDOS DE AYER)

**D**IEZ años atrás en el toreo y el personal es completamente distinto; sólo un exiguo tanto por ciento continúa en las lides, considerado ya como veterano; el resto desapareció en la penumbra melancólica de los tiempos que se fueron, y á su recuerdo se aunan, ora trágicas remembranzas de catástrofe, ora entrevistas dulzuras de vida retirada y tranquila, al amor de los hogares, separado ya para siempre de los peligros de los pitones y de las ovaciones de los públicos y de las glorias del torero. También los hay que desaparecen sin dejar rastro al modo que sin brillo aparecieron; estrellas fugaces de fulgor escaso que pasan inadvertidas.

Así, al hablar en el toreo de un período de diez años, puede ponerse el subtítulo de *Recuerdos de ayer*; con raras excepciones á *ayer* pertenecen los diestros que diez años há lucieron en las plazas su arte, su valentía y su gentileza.

La vida del torero es vida efímera por esencia.

\*  
\* \*

Hubo una estrella fugaz de mucho brillo que desapareció súbitamente merced á una catástrofe ocurrida en una plaza levantina; una esperanza muerta en flor que en su corta vida tuvo el don de excitar controversias y pasiones que fueron el prólogo de lo que hubiera acontecido si el pitón de un toro del Saltillo no diese al traste con glorias, presunciones, controversias y competencias en flor, dejando el prólogo sin el libro.

En el mes de Febrero de 1887 llegó á Madrid Rafael Guerra, entonces banderillero de la cuadrilla de *Lagartijo*, que iba á torear en el coso madrileño una serie de novilladas á modo de ensayo para vestirse al final de la temporada taurina de alta jerarquía de la alternativa; á continuar ante el público de Madrid los triunfos que, como espada, le habían sonreído el año anterior alternando con su maestro en Zaragoza, en Barcelona y muy especialmente en las famosas corridas de Aranjuez del 30 de Mayo y 4 de Septiembre de 1886, *peregrinaciones lagartijistas* como las llamó con gráfica y donosa expresión la gallarda pluma de Peña y Goñi.

Fueron cuatro las novilladas que le dieron caracteres de corridas formales; la creciente nombradía del diestro cordobés halló firmísimos pilares en las palmas escuchadas en aquellas cuatro tardes.

Pero en ellas fué alzándose y creciendo á su propia sombra una figura desconocida hasta entonces del público de Madrid; un jovencito de cara aniñada, de robusta y nerviosa complexión y gallarda figura, conocido ya como novillero por los públicos andaluces, que fundándose en lo infantil de su semblante, le spodaron *el Bebe*.

En unión del *Mojino*, Rafael Sánchez, *el Bebe*, banderilló los toros correspondientes á Guerra en las dos primeras corridas; en la tercera dió el avance y se presentó al público matritense como matador de novillos, en unión de su paisano y amigo, estoqueando reses de Vergua.

No fué favorable la suerte al joven torero aquella tarde, y el público, que comenzó alentándolo y poniéndose al lado, hubo de manifestarle bruscamente su desagrado, desconcertando el ánimo del chico.

El juicio de los aficionados fué contrario al *Bebe* matador; *buen peón, finísimo é inteligente banderillero*, dijeron; *pero matador incipiente y dudoso*. Lo que eran inexperiencias se supusieron malas cualidades; lo que fué turbación pasajera se supuso azaramiento habitual é injustificado; donde había valor se añadió el vocablo *temerario*, que quita mérito á lo ejecutado, dándole tintes de insensatez, y en la novillada siguiente, *el Bebe*, que actuó en unión del *Manchao* y *Guerrita*, tampoco logró convencer al público de Madrid.

El terreno ganado como banderillero, estaba perdido como espada. El público, en las dos primeras corridas, lo vió con curiosidad entusiasta. *¿Llegará?* (se dijo); en las dos últimas lo miró con indiferencia y tristemente pensó: *no llega*.

Comenzó la temporada, y la *gran trinidad*, *el triumvirato*, como le llamó Peña y Goñi, pisó unido por primero y único año la plaza de Madrid: *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Mazzantini*; los dos primeros aún en los escalones altos del declive, el diestro de Elgóibar aún en los primeros peldaños de la gloria.

*Guerrita* seguía su gran labor de peón; el público, que después había de serle hostil por causas de todos conocidas, lo miraba y jaleaba como á hijo único, y Rafael Guerra marchaba hacia la alternativa entre simpatías, alientos, ditirambos, halagos y aplausos, camino del triunfo en carro de flores, que empujaban las huestes lagartijistas.



Salvador Sánchez (*Frascuelo*).

lladas que se dieron y en ellas el papel *Guerrita* se alzó á las nubes; el examen había sido favorable, la *licenciatura* estaba hecha con nota de *sobresaliente* y de *torerozo*, concedida por Ernesto Jiménez desde las columnas del antiguo *Enano*.

En aquellas tardes acompañaba al matador del porvenir un grupo de hombres, varios de los cuales formarían en las filas de su cuadrilla cuando ésta se formase en aquel otoño venidero; entre ellos venían tres toreros cordobeses, nuevos para el público de Madrid, que habían de tener gran popularidad, y dos de ellos siniestra suerte, *el Bebe* y el infortunado picador Antonio *el Pegote*; el otro era Antonio Guerra.

Rodeado de su gente, *Guerrita* llevó á efecto aquella breve serie de triunfos; las novilladas tu-

rieron caracteres de corridas formales; la creciente nombradía del diestro cordobés halló firmísimos pilares en las palmas escuchadas en aquellas cuatro tardes.

Pero en ellas fué alzándose y creciendo á su propia sombra una figura desconocida hasta entonces del público de Madrid; un jovencito de cara aniñada, de robusta y nerviosa complexión y gallarda figura, conocido ya como novillero por los públicos andaluces, que fundándose en lo infantil de su semblante, le spodaron *el Bebe*.

En unión del *Mojino*, Rafael Sánchez, *el Bebe*, banderilló los toros correspondientes á Guerra en las dos primeras corridas; en la tercera dió el avance y se presentó al público matritense como matador de novillos, en unión de su paisano y amigo, estoqueando reses de Vergua.

No fué favorable la suerte al joven torero aquella tarde, y el público, que comenzó alentándolo y poniéndose al lado, hubo de manifestarle bruscamente su desagrado, desconcertando el ánimo del chico.

El juicio de los aficionados fué contrario al *Bebe* matador; *buen peón, finísimo é inteligente banderillero*, dijeron; *pero matador incipiente y dudoso*. Lo que eran inexperiencias se supusieron malas cualidades; lo que fué turbación pasajera se supuso azaramiento habitual é injustificado; donde había valor se añadió el vocablo *temerario*, que quita mérito á lo ejecutado, dándole tintes de insensatez, y en la novillada siguiente, *el Bebe*, que actuó en unión del *Manchao* y *Guerrita*, tampoco logró convencer al público de Madrid.

El terreno ganado como banderillero, estaba perdido como espada. El público, en las dos primeras corridas, lo vió con curiosidad entusiasta. *¿Llegará?* (se dijo); en las dos últimas lo miró con indiferencia y tristemente pensó: *no llega*.

Comenzó la temporada, y la *gran trinidad*, *el triumvirato*, como le llamó Peña y Goñi, pisó unido por primero y único año la plaza de Madrid: *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Mazzantini*; los dos primeros aún en los escalones altos del declive, el diestro de Elgóibar aún en los primeros peldaños de la gloria.

*Guerrita* seguía su gran labor de peón; el público, que después había de serle hostil por causas de todos conocidas, lo miraba y jaleaba como á hijo único, y Rafael Guerra marchaba hacia la alternativa entre simpatías, alientos, ditirambos, halagos y aplausos, camino del triunfo en carro de flores, que empujaban las huestes lagartijistas.



Por aquel entonces (12 Mayo) se verificó una corrida en que según el gráfico y donosísimo Peña y Goñi se lidiaron á la cordobesa seis toros del Duque de Veragua.

En aquella corrida figuraba como único matador *Lagartijo*; como sobresaliente, Guerra; como banderillero, en último lugar en los carteles, y en primera fila por sus méritos en aquella tarde, aquel Rafael Sánchez, *el Bebe*, que meses antes causara un entusiasmo y una desilusión casi simultáneos al público de la corte, y á quien los officiosos señalaban como uno de los banderilleros de la cuadrilla futura de aquel sobresaliente, llevado en palmas y paseado en triunfo.

El papel *Bebe* subió rápidamente. Recordáronse los triunfos del banderillero hacía dos meses, y en la volubilidad del público de los toros olvidáronse las inexperiencias y los desaciertos del matador novillero. *El Bebe* era una esperanza, una gloria cordobesa del porvenir, una figura más, ante la que quemasen mirra y estoraque los sectarios del califa decadente y del naciente califa. Fué más: *Sobaquillo* lo ungió en la dinastía cordobesa por él fundada. *El Bebe* ya no era *el Bebe*: era Rafael V.

Poco tiempo después cundió una noticia que sembró la indignación y el asombro entre los creyentes del Profeta, como se designaba por aquel entonces á los lagartijistas; no se creyó hasta que los carteles lo dieron á conocer.

El *Bebe* ingresaba en la cuadrilla de *Frascuolo*.

Un cordobés en la cuadrilla del granadino, era punto menos que una traición á la sierra, á las ermitas, á los naranjales y á la mezquita de la tierra del Gran Capitán; á más, se suponía que se faltaba á la fé empeñada con Guerra; la cuadrilla futura quedaba falta de uno de sus miembros.

Vinieron las deducciones, los cálculos, anduvo el cabildeo y creyeron ver claro los que veían lobregueces en el ingreso del *Bebe* en la cuadrilla de Salvador. Se buscaba la competencia; el banderillero se rebelaba contra el jefe no tenido; el descendiente de *Lagartijo* iba á hallarse frente

á frente con el de *Frascuolo*: Rafael II no tenía ya en sus filas sometido á Rafael V; tenía enfrente á Sánchez II, como lo bautizó E. Churruarín desde Valencia, y como lo apadrinó con regocijos de abuelo mimoso el ilustre crítico D. José Sánchez de Neira.

El *Bebe* hizo brillantísima y breve campaña en la cuadrilla de Salvador; halló una pluma que lo empujara en la incisa y burilada de Peña y Goñi, y aquella segunda temporada del 87 fué para *el Bebe* en menor escala, porque los méritos eran más recientes, lo que la primera había sido para Guerra.

El *Bebe* era el niño mimado del bando frascuelista, como Guerra había sido el *bebé* querido de las huestes de Rafael; el público profano, la masa vá donde la llevan; veía gentileza, juventud, valor, alientos é inteligentes que empujaban y aplaudía á Rafael Sánchez con igual *benhomie*, con idéntica buena fé que jaleara á Rafael Guerra, investido de la alternativa en 29 de Septiembre.

El avance del *Bebe* está marcado por tres incidentes que ocurrieron en corridas sucesivas y que fueron para el banderillero cordobés no escalones, sino tramos que salvara para llegar á la cumbre.

Al banderillar en 4 de Septiembre el segundo toro del Conde de la Patilla, fué empujado y derribado. Los periódicos profesionales, al dar cuenta de la cogida sin consecuencias, emplearon la misma palabra que se usó para un lance análogo de *Guerrita* en 1884; dijeron *sensación*. *Frascuolo* abandonó los estoques y llegó hasta los tercios. El público sintió el erizar de vello de las grandes ansiedades: el *Bebe* oyó las palmas cariñosas de la masa tranquilizada.

Posteriormente, el *Bebe*, adelantando un paso en su arte, sorprendió á sus

adeptos en la tarde del 16 de Octubre con el quiebro; midió mal los tiempos y el toro (de D. Máximo Hernán) le enganchó por la guarnición de plata del muslo derecho de la taleguilla verde que vestía, afortunadamente sin consecuencias. La ovación fué inmensa cuando se vió al *Bebe* ileso; allí no se aplaudió la suerte, que estuvo mal ejecutada; allí la masa, que derramaba simpatía, aplaudió como en la tarde del toro de Patilla la buena suerte; la banda frascuelista aplaudió el adelanto.

En la corrida del 23 de Octubre, *Lagartijo* cedió el cuarto toro de Mazpule al *Torerito*. En la corrida del 31 (la siguiente) *Frascuolo* cedió la muerte del cuarto, de Anastasio Martín, al *Bebe*, que lo tumbó de una soberbia estocada entre el delirio de las huestes de Salvador.

Al día siguiente vinieron los apesonamientos y las exageraciones y el afán de *buscárselas* á alguien que navegaba hacia la Habana.



Rafael Sánchez (*Bebe*) en 1887.

—Es más matador que el otro—dijeron.

Aquella noche de la corrida entraba *el Bebe* con el picador Cirilo Martín en el teatro de Esclava y se llevaba las miradas del público entero. Tramo grande el que había subido en el camino placentero de la popularidad y de las esperanzas de la afición. Otro paso grande debía dar aquel año, el 13 de Noviembre. En la corrida organizada por el Gran Pensamiento, *el Bebe* figuró como sobresaliente para estoquear los dos últimos toros de lidia ordinaria.



Rafael Sánchez (*Bebe*) en 1898.

La fatalidad hizo que Salvador recibiese una gran cornada al ahormar la cabeza del toro *Peluchero*, de D. Antonio Hernández, lidiado en primer lugar, y la desgracia ocurrida al maestro quitó expectación para los arrostos del discípulo.

Su misma eficacia, su propia cariñosa solicitud para con el matador herido, sirvieron á la hábil pluma de Peña y Goñi para levantarle más sobre el pavés de la popularidad.

El año 1888 no toreaba *Frascueto* en la plaza de Madrid. En 15 de Julio dióse una corrida de novillos á beneficio del retirado matador Gonzalo Mora, y en unión del *Ostión el Bebe* estoqueó en aquella novillada. *Frascueltas* llamaron á sus estocadas; ya llevaban el sello del maestro, al decir de los adeptos. Ya se separaba del otro. Ya el toro cordobés quedaba como adorno para *el Bebe*, que comenzaba á dominar el toreo *verdadero*.

Un mes después en la plaza de Cartagena una cogida inutilizaba para siempre á Rafael Sánchez, y segaba en flor los ensueños de herencia frascuelista, locamente abrigados durante un año por los anabaptistas del diestro de Churriana.

Das coincidencias. La última tarde que toreó *el Bebe* en Madrid, la del beneficio de Gonzalo Mora y la tarde del 5 de Agosto en Cartagena, lucía el mismo traje; un sencillo terno azul con cordonadura de seda negra, combinación que según frase del pobre Manuel *el Espartero*, *torea sola*. La otra coincidencia es que en el viaje á Córdoba venía acompañándolo desde Cartagena su amigo de la niñez, Antonio Guerra, hermano del hombre á quien los frascuelistas quisieron oponer como rival, y que banderilleó, debutando como tal en la plaza de Madrid, en unión de *Alones*, puntillero después de *Guerrita*, el toro con que *el Bebe* se presentaba como matador de novillos ante el público madrileño.

Un año justo después de la del Gran Pensamiento se efectuó una corrida de beneficio que produjo al *Bebe* 12.000 duros para su retiro forzoso, y fué causa de una enemistad personal entre un espada de los que en aquella corrida tomaron parte y un ganadero castellano; enemistad de la que se han valido muchos para, llevando al terreno público lo que es del dominio privado, procurar hacer daño al matador de referencia. Y *el Bebe* terminó como torero.

••

Salvador Sánchez pasaba por la esfera del arte sin dejar tras sí herencia, sin formar escuela. Comenzaba ya la decadencia, aún no visible en las brillantes temporadas de 1885 y 1886; se sentía viejo, presentía que habría de buscar el retiro de Torrelodones; veía que su compañero Rafael Molina había de tardar poco más en embutirse en Córdoba la moruna; pero la figura de Guerra debía destacar en los pensamientos de *Frascueto* camino de la retirada, de la misma manera que el matrimonio sin hijos mira con callada tristeza á aquel que los tiene.

Salvador no dejaba hijos de su arte. Los banderilleros de su cuadrilla á la encina vieja, sino que sólo eran arbustos efímeros fáciles de trasplantar á otros viveros.

*El Bebe* fué para Salvador Sánchez la realización de un sueño quizá acariciado y querido en sus soledades de torero. Era el padre ya maduro que vé á un hijo robusto y brioso que le sustituye, viéndolo crecer, soñando verlo hombre, y que al dejarlo en camino recto y tranquilo se va de la vida con la sonrisa orgullosa de la satisfacción cumplida.

*El Bebe* venía á llenar ese vacío, y esa fué la nota más simpática de su corta carrera de lidiador de toros.

El bando frascuelista lo recibió con gozo, aunque algo le *resquemaba* el abolengo cordobés; el bando lagartijista lo veía crecer, curándose en sus adentros la traición supuesta con el pueril orgullo de decir: «sus primeros albores son siempre cordobeses». *Frascueto*, orgulloso del descendiente, quería moldearlo á su semejanza, y el público sano, imparcial y justo veía en el torero nuevos albores espléndidos que podían predecir que fuera un día lleno de sol su paso por el arte.

Ocurrió la catástrofe y pareció languidecer la estrella de *Frascueto*. La temporada de 1889 de desequilibrio entre su voluntad y sus facultades, trajo la retirada de 1890.

Si en efecto, *el Bebe* fué su última y mayor esperanza torera, *Frascueto* comprueba aquel dicho de que «las grandes desilusiones matan los grandes caracteres».

Carácter poderoso de la fiesta española, desapareció de ella poco después que *el Bebe*; en su retiro de Torrelodones quizá haya meditado muchas veces en la soledad en que quedaba *toreramente*; padre sin hijos, árbol sin renuevos, quizá ensoñara desde allí con el redondel de la plaza madrileña, viéndolo con la honda melancolía con que se ve lo que fué de uno y que ya no conserva la más completa reminiscencia de su antiguo dueño.

Si para Salvador la desaparición del *Bebe* de las plazas fué la última desilusión, para el bando frascuelista *enragé* fué la última esperanza de que el toreo especial *sui generis* del diestro de Churriana tuviese sucesores que contrarrestaran las brillantes y las opulencias del toreo cordobés, que á tan alto grado llevaran sus *califas*.





# stafeta taurina

## Á NUESTROS LECTORES

Como el año anterior, SOL Y SOMBRA **no interrumpirá su publicación** durante la temporada de invierno.

**Madrid.**—La corrida anunciada para el día 20 del actual, suspendida por causa del mal tiempo, se celebró el lunes 21, lidiándose cuatro toros desecho de tienta y cerrado procedentes de la ganadería de Pérez de la Concha, y actuando de matadores los jóvenes cordobeses Rafael González, *Machaquito*, y Rafael Molina, *Lagartijo chico*.

**EL GANADO.**—Los cuatro toros fueron grandes y bien criados, con buenas defensas y bastante poder; aunque escasos de bravura y codicia, sobre todo los lidiados en tercero y cuarto lugar, que mostraron desde luego marcadas tendencias á la fuga.

**LOS ESPADAS.**—Si pudiéramos dudar de las buenas condiciones que para el difícil y arriesgado arte del toreo reúnen los muchachos de Córdoba, ocasión fuera la de la tarde á que nos referimos para rectificar aquel juicio, pues probado quedó hasta la evidencia el valor y la habilidad de los noveles matadores.

Los que deseaban verlos pelear con toros grandes, satisfechos quedarían, pues los cuatro de Pérez de la Concha resultaron unos torazos de cuerpo entero.

*Machaquito*, que fué cogido con mucho aparato por el primer toro á la salida de un quite, sin sufrir detrimento afortunadamente, se deshizo de su adversario, después de un trasteo muy ceñido y aceptable, con una magnífica estocada *hasta la bola*, entrando y saliendo bien de la suerte. (*Ovación.*)

Dió fin del tercero con una faena regular y media estocada que hizo rodar al toro. (*Palmas.*)

En el cuarto, que mató en sustitución de su compañero *Lagartijo chico*, hizo cuanto pudo por parar al buey, que no cuadraba, por lo que la faena de muleta resultó algo pesada. Por fin, aprovechando, atizó media estocada que bastó para que el puntillero se las entendiera con el último de Pérez de la Concha. (*Palmas.*)

En quites, muy oportuno y trabajador, oyó muchos y justos aplausos.

*Lagartijo chico* pasó de muleta al segundo toro con bastante adorno é inteligencia, entró á matar con mucha valentía y dejó media estocada superior, contraria de puro estrecharse, por lo que recibió un fuerte varetazo en el pecho que le privó del sentido; se repuso y volvió á pasar, siendo alcanzado nuevamente, volteado y derribado, sufriendo una fuerte «conmoción visceral», según el parte facultativo que nos facilitaron poco después de ser el muchacho conducido á la enfermería.

*Machaquito* tomó los trastos, y al intentar el descabello dobló el toro.

Picando se distinguieron *Melones* y *Largo*; los demás, como de costumbre.

Con las banderillas, nadie.

Bregando, *Chiquilín* y *Sordo*.

La presidencia, acertada.

La entrada, como de día de trabajo y tarde desapacible.

Desearemos que la lesión sufrida por el bravo *Lagartijo chico* no tenga consecuencias graves.—*Don Hermógenes.*

A la hora de cerrar este número recibimos la reseña que de la corrida celebrada en Barcelona el día 13 del actual nos remite D. Lorenzo Uranga en sustitución de nuestro estimado compañero *Franquesa*, que se encuentra enfermo, aunque ya más aliviado.

En el próximo número publicaremos dicha revista y las preciosas fotografías que han de ilustrarla.

A consecuencia de habersele abierto la herida que recibió en la plaza de Badajoz, el espada Luis Mazzantini se ve obligado á desistir de su viaje á México, donde estaba contratado para torear varias corridas durante los meses de Diciembre, Enero y Febrero, devolviendo á la empresa las 50.000 pesetas que aquélla le había girado y relevándola de todo compromiso para con él.

Los jóvenes cordobeses *Machaquito* y *Lagartijo chico*, torearán en Granada uno de los días festivos del próximo mes de Diciembre.

El diestro *Mazzantinito chico*, ha pocos días, al salir de la plaza de toros de San Martín de Valdeiglesias, recibió en la sién una pedrada que, según dictamen facultativo, á no llevar puesta la montera, le hubiera producido la muerte instantáneamente.

El agredido continúa en buen estado de salud.

Las empresas que deseen contratar al diestro Francisco Bonal, *Bonarillo*, pueden dirigirse á su apoderado D. Luis Peralta, calle de López de Arenas, 2, Sevilla.

En la novillada efectuada el 6 del actual en Palma de Mallorca, el ganado, que pertenecía á la vacada de Flores, resultó bueno.

*Finito*, que figuraba como matador, pasó bien de muleta y estuvo acertado al herir, siendo muy aplaudido.

La cuadrilla, bien.

En la vacante que ha dejado en la cuadrilla de Reverte, con su retirada el banderillero Santos López, *Pulguita*, ha ingresado Manuel García, *Revertito*, sobrino del matador.

**Cascaes** (Portugal).—En esta playa, escogida por la familia Real y la aristocracia portuguesa para pasar los meses de Septiembre y Octubre, además de las ya reseñadas en SOL Y SOMBRA se efectuó el 30 del pasado una corrida de toros de Beneficencia, á favor de la Asociación de Señoras de Caridad y Hospital do Rego, promovida por el Real Club Tauromachico Portuguez.

Dirigió la corrida con mucho acierto el Sr. Vizconde d'Asseca, y fueron lidiadores los distinguidos aficionados:

**Caballeros:** D. Luis do Rego da Fonseca Magalhaes, D. Caetano de Braganza (*Lafoes*), D. Antonio de Siqueira Freire (*S. Martinho*) y Vizconde de Varzea.

**Banderrilleros:** Pedro de Figuerido, Enrique da Costa Freire, Paulo David y J. César Cosco dos Santos.

**Mozos de forcado:** José Calazans, Pedro d'Oliveira, Jorge Rebello da Silva, Narciso d'Oliveira David, D. Luis da Cunha Menezes (*Lumiares*), Luis Pimentel, Arthur Roposo y Joao Caldas.

**Mozos de curro:** José da Gama Abreu, Antonio Cordeiro Feio, Carlos Braucamp Freire (*Almaerim*), D. Ruy de Siqueira Freire (*S. Martinho*), D. Nuño d'Almada y Lencastre, Francisco Athayde, Augusto Lage y Luis Perestrello.

Los toros, que pertenecian á la Compañía de Lezirias, tenían cuatro años, estaban bien tratados y algunos presentaron buena lámina y dieron algún juego.

Todos los distinguidos aficionados trabajaron con gran valentía y lucimiento, sobresaliendo el Vizconde de Varzea, que rejoneó á la perfección el toro sexto; Narciso David, que hizo una magnífica y valiente *pega de cara*, y Jorge Rebello da Silva, que hizo buenisimas *pegas de vuelta*.

Enrique Costa Freire también demostró una vez más su habilidad con la muleta. Fueron todos muy aplaudidos durante la corrida, á la que asistieron SS. MM. el Rey D. Carlos, las Reinas D.<sup>a</sup> Amelia y D.<sup>a</sup> María Pía, el Príncipe D. Luis y los Infantes D. Alfonso y D. Manuel.

Terminó la corrida dejando grata impresión en el ánimo de los espectadores, y no habiendo que lamentar la más mínima desgracia. Después, los Excmos. Sres. Duques de Palmela ofrecieron en su magnífico *chalet* un *lunch* á los lidiadores, é hicieron los honores con extrema amabilidad, que todos los invitados apreciaron y agradecieron en lo mucho que valen.—F. V.

Se afirma que el veterano matador de toros José de Lara, *Chicorro*, alentado por el éxito que ha obtenido en la plaza de Jerez de la Frontera, trata de organizar otras corridas en las que se despedirá de los aficionados de Sevilla y Madrid.

Sinceramente deseamos que si el proyecto se realiza, alcance el célebre *Chicorro* éxito igual que el que sus paisanos le han tributado.

Dícese que la sociedad explotadora de la plaza de toros de Vista Alegre (Bilbao), se propone aumen tar una corrida á las cuatro que anualmente se celebran en la segunda quincena de Agosto.

En ellas tomarán parte los diestros Mezzantini, *Guerrita*, Reverte, Fuentes y *Bombita*.

El ganado pertenecerá á las vacadas de Saltillo, Veragua, Muruve y otras dos ganaderías andaluzas.

El reputado gansero portugués D. Luis de Gama, con el objeto de mejorar su ganadería, ha comprado una punta de vacas retentadas con buena nota al célebre criador de reses bravas, D. Joaquín Muruve.

**Bibliografía.**—Nuestro querido compañero Angel Caamaño, *Barquero*, nos ha remitido un ejemplar de su bonito juguete lírico *La nieta de su abuelo*, que con tanto éxito continúa representándose en el teatro Romea.

Damos las gracias al amigo Caamaño por su atención, y deseamos que siga cobrando *sendos* trimestres... que es lo principal.

Nuestro estimado compañero el notable escritor taurino D. Manuel Serrano García-Vao (*Dulzuras*), ha publicado un libro muy curioso é interesante para los aficionados, que se titula *El Año taurino*, y es un resumen histórico y estadístico de todas las corridas de toros, novillos, mixtas, etc., que se han celebrado en la plaza de Madrid desde el 21 de Noviembre de 1897 hasta la fecha.

Aparte su mérito literario, que es mucho, la obra que nos ocupa es digna de figurar en el archivo de todo aficionado, por los numerosos y fehacientes datos que contiene, y por eso la recomendamos á nuestros lectores.

## IMPORTANTE

Con objeto de que los señores coleccionistas puedan completar sus colecciones, durante los meses de Noviembre y Diciembre serviremos los ejemplares atrasados que se nos pidan al precio corriente, ó sea á **20 céntimos** ejemplar en toda España, y **30** en el extranjero.

También tenemos de venta colecciones del año I (1897) de esta publicación, encuadernadas con magníficas tapas en tela, al precio de **10 pesetas** en Madrid, **11** en provincias y **15** en el extranjero.

Los pedidos á los Sres. Corresponsales, ó directamente á esta Administración.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe en libranza del Giro mutuo ó letra de fácil cobro.

## Á LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

**CORRESPONSALES**  
que no han satisfecho sus débitos

CON ESTA ADMINISTRACIÓN

- D. Ramón Rovira.—BURRIANA.
- » Jaime Soto Vidal.—MORELLA.
- » Juan de los Reyes.—ÉCIJA.
- » Rogelio Sánchez y C.<sup>a</sup>—TREBUJENA.
- » Ramón Martínez.—MARTOS.
- » A. Serra González.—DÉNIA.
- » Graciliano Gómez.—MORATALLA.
- » Ildelfonso de la Torre.—ANTEQUERA.
- » Juan José Amorós.—VILLENNA.
- » Antonio Juan y C.<sup>a</sup>—VILLENNA.

(Continuará.)